

QUI no pase el que no sepa geometría", dicen que decían ciertas letras escritas a la entrada del jardín de Academo. Pues aquí sí —podría escribir Andreu Alfaro, a la entrada de su taller— que pase, que pase todo el mundo, aunque no sepa geometría, pero que lleve por lo menos la geometría en la sangre. Sonríe al pensar en ese catalán de Valencia —que eso es lo que es, porque es lo que quiere ser mi amigo Andreu—, y pienso en sus largos años de fidelidad a su amada geometría. Al evocarlo, se me hace inevitable pisar con mi recuerdo alguna esquina de mi propia biografía. Él estaba entre los pocos artistas españoles que no quisieron aceptar la rueda de molino del aformalismo. Pero su posición estaba clara: "Oye, Moreno, yo voto, claro, por un arte del predominio de la razón..., pero no me niego a aceptar un arte de sugerencias poéticas". Claro que él no podía vislumbrar entonces hasta qué punto, pasado el tiempo, el arte en general y su propio arte vendrían a darle la razón. El arte de Andreu Alfaro ha cambiado, sí, en la medida que ha madurado, en la medida que ha evolucionado... Pero Andreu no ha rectificado en nada ninguna de las que fueron sus ideas básicas y fundamentales. Ese chaval tenía firmes sus creencias. En arte y en todo lo demás, lo recuerdo bien.

Andreu Alfaro tiene, por lo menos, una facultad: tiene musculatura... y unas dimensiones que requieren aire respirable alrededor de cada obra...

Pero esa dimensión muscular que yo me complazco en señalar en la obra de Andreu Alfaro —dimensión cuyo aspecto más significativo consiste precisamente en eso, en la "dimensión"— no puede

ocultar otros aspectos, que incluso son más significativos aún en su obra: el aspecto formal y también el del contenido simbólico, el "argumento".

En lo que se refiere a "forma", no he podido dejar de

reparar en algo que, sin ser significativo por otras razones, lo es ya por la insistencia y la cantidad de veces que insiste en su fórmula. Me refiero a la aglutinación de formas rectas para, a partir de esa aglutinación, conseguir una

nueva forma ondulada o curva —un paraboloide o un paraboloideo...— acción que me recuerda a veces a Jorge Oteiza, escultor que, en algún aspecto, no sería una barbaridad considerar maestro de Andreu Alfaro...

El otro aspecto que me gustaría señalar en la escultura de Alfaro es el aspecto argumental... el del contenido simbólico. Lo mismo que, hace años, él quiso retener siempre el dominio de la razón, pero no perder la dimensión que he llamado poética, ahora él, sin dejar de ser eso que tercamente seguimos llamando "abstracto", quiere, conservando las facultades de la abstracción, reservar siempre la posibilidad del símbolo. Y es curioso, y hasta alentador, verlo cómo al poner en ejercicio ciertas facultades que no son más que formales, de ellas mismas hace surgir insinuaciones que se convierten en significativas y simbólicas: las agrupaciones de rectas, por ejemplo, paraboloideas o no, que en sus manos adquieren siempre ese sentido simbólico de lucha por los acuerdos masivos que siempre tienen las agrupaciones.

Pero no: su sentido simbólico es mucho más claro y más directo ("Monumento al amor", "Homenaje a Jorge Oteiza"... el pequeño monumento a las barras de Cataluña, etcétera).

Simbólico, absolutamente lleno de contenido simbólico. Ya que no puede —porque eso no estaría bien— pasarse la vida echando mítines sobre la dimensión catalánica de su valencianidad, deja transcurrir su vida de escultor insistiendo en su catalanidad. Está bien eso de ser catalán hasta donde se pueda. El lo es, sin dejar de ser siempre un escultor..., un gran escultor. ■

ANDREU ALFARO, ESCUPTOR CATALÁN DE VALENCIA

JOSE M.º MORENO GALVAN

